

POUM y el Frente Único

Artículos de la revista *La Nueva Era* (1936)

La revista *La Nueva Era* se publicó en Barcelona de 1930 a 1931 (“La primera época”) y en los seis primeros meses de 1936 (“La segunda época”). Los artículos en esta antología se publicaron en 1936 y tratan del problema del *Frente Único* – el Frente Proletario y el Frente Popular.

Índice

La Alianza Obrera. Orígenes, características y porvenir, <i>Joaquín Maurín</i>	1
Cómo y por qué surgió la Alianza Obrera.....	1
Qué es lo que nuestro proletariado debe a la Alianza Obrera	2
La Alianza Obrera en sus tres aspectos: Frente Único, instrumento insurreccional y órgano de Poder.....	3
La concepción staliniana del Frente Único y la Alianza Obrera.....	5
Perspectivas de la Alianza Obrera.....	6
¿Frente Popular antifascista o Frente Único obrero?, <i>Jordi Arquer</i>	7
Origen de la táctica del frente popular	7
Una táctica ineficaz contra el fascismo	8
El único que hace concesiones es el proletariado	8
El Frente Popular es el camino de la derrota.....	9
”Gobierno Popular” en vez de Dictadura del Proletariado.....	9
La lucha está entablada entre el fascismo y el socialismo	10
Por el Frente Único Obrero	11
¿Que es el frente popular?, <i>José Luis Arenillas</i>	12
Carácter del frente popular	13
Cómo atraer a las clases medias	13
Hacia un desenlace revolucionario.....	15

La Alianza Obrera. Orígenes, características y porvenir, Joaquín Maurín

En estos momentos en que el Partido Socialista lleva a cabo una ofensiva a fondo contra la Alianza Obrera con el propósito evidente de liquidarla, es más conveniente que nunca salir en defensa de la misma por lo que ha sido, por lo que es, y, sobre todo, por lo que puede y debe ser. El meridiano de la revolución democrática socialista, en nuestro país, pasa a través de la Alianza Obrera. Su desaparición significaría un rudo golpe para las perspectivas obreras finales. Actualmente no es posible plantear el problema de la revolución proletaria haciendo abstracción de la Alianza Obrera.

Cómo y por qué surgió la Alianza Obrera

Cayó la Monarquía el 14 de abril de 1931, abriéndose un período de grandes posibilidades para la clase trabajadora. Todo estaba en sus manos. Durante los primeros meses que sucedieron a la proclamación de la República, la inseguridad de la burguesía era grande. Hubiera bastado la unidad de la clase trabajadora, una conciencia revolucionaria y un partido revolucionario para que el año 1931 fuese en España lo que el 1917 en Rusia. La clase trabajadora existía, la crisis del régimen también, pero faltaban las condiciones subjetivas.

El movimiento obrero, así las cosas, procedió desacertadamente. El Partido Socialista fue el más firme puntal de la situación. Por otra parte, el anarco-sindicalismo, moviéndose la mayor parte de las veces como simple oposición a los socialistas, se convirtió en un sostén inconsciente, pero seguro, de la burguesía. El Partido Socialista apoyaba a la pequeña burguesía liberal; el anarco-sindicalismo, de rechazo, ayudaba a la gran burguesía reaccionaria.

Fueron las contradicciones que se manifestaron en el seno del movimiento obrero las que hicieron posible que la burguesía atravesara sin estrellarse una zona histórica llena de peligrosos escollos. Quien estuvo a punto de naufragar fue la clase trabajadora. La contrarrevolución utilizó la división obrera y su falta de capacidad revolucionaria para hacer formidables progresos.

Si el movimiento obrero no llega a iniciar una reacción salvadora, estaba perdido sin remedio.

Esta reacción afortunadamente, tuvo lugar. Fue la aparición de la Alianza Obrera.

La Alianza Obrera era el supremo esfuerzo que hacía la clase trabajadora para evitar el desastre, siguiendo un nuevo curso.

La Alianza Obrera, en primer lugar, venía a romper el fraccionamiento de la clase trabajadora, germen permanente de su impotencia. Y en segundo lugar, infundía a los trabajadores confianza en sí mismos. Hasta entonces, los socialistas habían confiado en los republicanos burgueses, pero no en el conjunto del movimiento obrero. Los anarquistas, menos precisos, lo habían aguardado todo, no de la clase trabajadora en tanto que masa activa, sino de los golpes de efecto de unas cuantas minorías audaces.

La Alianza Obrera era, en ese sentido, el anti-socialismo reformista y el anti-anarquismo terrorista.

El socialismo colaboracionista fracasó. El anarquismo explosivo, también. La Alianza Obrera apareció sobre las ruinas de ambos fracasos para corregir y señalar un rumbo totalmente diferente.

Examinadas bien las cosas, no es de extrañar que el Partido Socialista y los anarquistas no se hayan sentido nunca atraídos por la Alianza Obrera y le opongan la mayor resistencia. La

Alianza Obrera, o no es nada, o supone una antítesis fundamental con lo que ha sido durante más de medio siglo la política tradicional del socialismo y del anarquismo en España.

¿Quién vencerá en esta lucha: la Alianza Obrera y con ella la revolución, o el partidismo sectario tradicional con la consiguiente división e impotencia del movimiento obrero?

Qué es lo que nuestro proletariado debe a la Alianza Obrera

La aparición de la Alianza Obrera produjo en el seno del movimiento obrero una reacción altamente saludable. Al comprobar que la unidad era una cosa posible se sintió optimista. La unión da fuerza.

La Alianza Obrera determinó en el seno de las organizaciones obreras cambios importantísimos.

En el Partido Socialista y Unión General de Trabajadores, el ala llamada izquierdista logró triunfar gracias a la posición favorable, manifestada hacia el frente único obrero, cuya cristalización práctica era la Alianza Obrera. El argumento principal empleado en enero de 1934 por la "izquierda" socialista cuando se planteó la cuestión concerniente a la dirección de la UGT, fue la del frente único.

La Confederación Nacional del Trabajo, que había sido, durante los últimos tiempos, extremadamente opuesta a la unidad de acción de la clase trabajadora, experimentó, como consecuencia de la aparición de la Alianza Obrera, una fuerte crisis interior originada por el problema del frente único. A medida que transcurría el tiempo, cada vez más la corriente aliancista iba ganando terreno. La adhesión de la Regional de Asturias a la Alianza Obrera rompió el frente anarquista.

El Partido Comunista fue, en otra forma que los anarquistas, sistemáticamente opuesto a la Alianza Obrera, hasta que, por fin, rectificó sus posiciones.

La Alianza Obrera ha puesto de relieve que las organizaciones más o menos tradicionales del movimiento obrero español, Partido Socialista, Unión General de Trabajadores, Confederación Nacional del Trabajo y luego, en otro plano inferior, el Partido Comunista de España, han estado muy lejos de saber interpretar el momento revolucionario y la necesidad y sentir de las masas. La Alianza Obrera era una expresión intuitiva de las masas que se abría camino a pesar de la oposición manifiesta de algunas organizaciones y no obstante el recelo y desconfianza de los directivos socialdemócratas.

La Alianza Obrera, además, ha patentizado la nulidad contraproducente de las fórmulas artificiales creadas por Moscú. Moscú ha pasado años y años hablando de frente único – puro subterfugio, pues no lo quería – sin lograr formarlo en ninguna parte. En España ha cristalizado por primera vez el frente único – Alianza Obrera – y esto ha sido sin la autorización de Moscú, al margen de Moscú y con la oposición abierta y despiada de Moscú.

La Alianza Obrera, en la proporción que ascendía, daba fuerzas al movimiento obrero.

La reacción filo-fascista, que hasta comienzos de 1934 había encontrado el camino libre, comenzó a encontrar obstáculos y dificultades al ensancharse el movimiento de Alianza Obrera. Si la primavera y verano de 1934 fueron un período de grandes luchas, fue debido a la Alianza Obrera.

Las proporciones del movimiento aliancista adquirieron una tal importancia en septiembre de 1934, que la contrarrevolución se dio cuenta de que si aquella avalancha no era contenida, la revolución proletaria iba aproximándose a paso de carga.

Y surgió octubre, la acción revolucionaria más formidable que ha llevado a cabo nuestro proletariado, las páginas más brillantes de la clase trabajadora del occidente de Europa, después de la *Commune* de París.

Octubre fue obra de la Alianza Obrera. La insurrección tuvo lugar en dos centros: Asturias y Cataluña. En Asturias, la Alianza Obrera estaba completamente formada, puesto que se adherían a ella todas las organizaciones de trabajadores de la región, los anarquistas incluso. En Cataluña, la Alianza Obrera era incompleta, puesto que los anarquistas permanecían al margen. En el resto del país, la Alianza Obrera se encontraba esbozada, pero no cristalizada.

Los resultados del movimiento insurreccional están en proporción directa del grado de vida de la Alianza Obrera. La insurrección fue un triunfo en Asturias porque allí la Alianza Obrera era un hecho real. Se inició en Cataluña para truncarse luego a causa, además de la capitulación de la *Esquerra*, de la falta de una Alianza Obrera integrada, como en Asturias, por todos los trabajadores. En el resto del país no hubo insurrección porque no había Alianza Obrera.

A pesar de un fracaso final, la insurrección de octubre tuvo una importancia trascendental: rompió la marcha ascendente de la reacción filo-fascista. Los movimientos revolucionarios que históricamente tienen una justificación, aunque momentáneamente sean vencidos, a la larga, acaban por hacer sentir su influencia.

Si la marcha progresiva de la revolución no ha sido destruida se debe al movimiento de octubre. Y octubre fue una manifestación de la Alianza Obrera.

La Alianza Obrera en sus tres aspectos: Frente Único, instrumento insurreccional y órgano de Poder

La Alianza Obrera, o no será nada, o ha de ser el soviét de la revolución española. En este último caso, son tres las fases por las cuales ha de pasar: Primera, organismo de frente único, de reagrupamiento obrero, unidad de acción ofensiva o defensiva, según los casos. Segunda, instrumento insurreccional, como fue en Asturias y en parte en Cataluña. Tercera, organismo de Poder.

Quien no sea capaz de comprender estas gradaciones en el proceso revolucionario, ni ha comprendido lo que es la revolución ni sabe, por lo tanto, qué es la Alianza Obrera.

Nada más falso que querer dar a la Alianza Obrera un carácter rígido, inmutable, ya sea como organismo de frente único solamente, ya como simple instrumento insurreccional.

El movimiento aliancista tiene hoy día poderosos enemigos que tratan de desvirtuarlo. Mantienen actitudes contrarias a la Alianza Obrera los anarquistas, los socialistas, los stalinistas.

Los anarquistas, guiados por su inveterado sectarismo, se oponen a la unidad de acción de la clase trabajadora sin aportar razón alguna de peso. Sin embargo, cada vez más hay una corriente entre los anarquistas favorable a la Alianza Obrera, continuando la ruta que iniciaron los anarcosindicalistas asturianos. Si los anarquistas acabaran por ser ganados a la Alianza Obrera, es muy posible que aceptaran las dos primeras fases de la misma y se opusieran, en cambio, a la última, esto es, a que la Alianza Obrera sea un instrumento de Poder.

Los socialistas, apoyándose en un pasado socialdemócrata y en una falta absoluta de comprensión de lo que es una revolución proletaria, mantienen que la Alianza Obrera sólo debe ser órgano insurreccional. Para ellos, la primera y tercera fase no existen. Una tesis tal no puede ser más absurda y más inaceptable.

Recuérdese cómo nació la Alianza Obrera. Fue en tanto que concentración de fuerzas en un sentido antifascista. Primeramente la Alianza Obrera se tituló así: antifascista. Su objetivo inmediato era hacer la unidad de acción de la clase trabajadora para oponerse a los avances

reaccionarios. La Alianza Obrera es, en suma, en su primera fase, la cristalización del Frente Único.

La socialdemocracia se ha opuesto siempre al Frente Único. No es, pues, de extrañar que los socialistas españoles – los jefes, pues las masas piensan y sienten de otro modo muy distinto – intenten ahora, con una maniobra que quiere ser hábil, hacer imposible el Frente Único.

El Partido Socialista se propone utilizar en beneficio propio el movimiento insurreccional de Asturias, que fue obra de la Alianza Obrera. La Alianza Obrera debe pasar a la historia o, en el mejor de los casos, al olvido, en espera de que tenga que ser utilizada en circunstancias propicias, dicen los socialistas.

La acción insurreccional no existirá nunca si no es como consecuencia de un formidable movimiento de masas que adquiera proporciones desbordantes. Una concepción distinta, "putschista" en el fondo, no tiene nada que ver con el marxismo y el leninismo. Si los socialistas la mantienen, esto prueba una de dos: o que son socialdemócratas empedernidos y aceptan el hecho insurreccional como una fatalidad que no podrá eludirse, o que sus teorías revolucionarias están más cerca del blanquismo y aun del anarquismo faísta, que del marxismo revolucionario.

Hasta ahora no hemos visto más que una revolución obrera triunfante: la de Rusia. Y si allí pudo obtener la victoria la clase trabajadora, fue gracias a la existencia de los soviets. Los soviets, por englobar a toda la población obrera – y no sólo a ésta o aquella organización –, es decir, por ser el Frente Único, se convirtieron automáticamente en un segundo Poder. El hecho nuevo, particular, de la revolución rusa, desde marzo hasta octubre, es la diarquía, la dualidad de Poderes.

Frente al Poder oficial se yergue otro Poder, el de abajo, el de las masas, el soviets. ¿Quién le confiere al soviets esta fuerza, este poder? El simple hecho de ser la agrupación de todos los trabajadores. Esto solo es lo que determina su potencialidad.

Es infantil, por no decir otra cosa, la concepción de los que creen que la toma del Poder por la clase trabajadora se llevará a cabo por un golpe de varita mágica, en el momento de la insurrección, para lo cual, en aquel preciso momento, se sacará del armario un instrumento que se tenía allí preparado.

La Historia enseña que una revolución es una sustitución. El Estado feudal fue sustituido progresivamente por las Municipalidades de la Edad Media. En Rusia, el Estado burgués, en crisis, fue reemplazado, en el transcurso del tiempo que media entre la Revolución de marzo y la de octubre, por los soviets. "No se destruye sino lo que se reemplaza", dijo Danton, uno de los más grandes maestros de la estrategia revolucionaria.

¿Hubieran podido tomar los bolcheviques el Poder en octubre si antes los soviets – el segundo Poder – no hubieran existido y preparado las condiciones favorables a la insurrección? No. Lo ha dicho el propio Lenin: "Si la fuerza creadora de las clases revolucionarias no hubiese dado vida a los soviets, la Revolución proletaria no tendría ningún porvenir, ya que hubiese sido imposible al proletariado guardar el Poder con el antiguo aparato del Estado, y es imposible crear de un golpe un nuevo mecanismo gubernamental".

La revolución triunfó en Rusia porque había soviets. Y, en cambio, ha fracasado en otros lugares, entre otras razones, porque no existían los soviets. Una de las causas del desastre de la Revolución china, por ejemplo, fue la falta desde el primer momento de un vasto movimiento soviético, que, como es sabido, Stalin dificultó.

La socialdemocracia española, al pretender ahogar en germen la Alianza Obrera, no hace más que repetir exactamente lo que hizo la socialdemocracia en Alemania y Austria y lo que Stalin, del brazo de Tchan-Kai-Shek, llevó a cabo en China.

La añagaza de que la Alianza Obrera sólo ha de servir para el momento insurreccional no logrará prevalecer, esperémoslo, ya que sería tanto como enterrarla. No hay insurrección posible si previamente no se han preparado las condiciones. La revolución se organiza, dijo Lenin. Sin la primera etapa de la Alianza Obrera – que los socialistas se empeñan en negar sacrificando los intereses generales de la clase trabajadora a los particulares de partido – no hay posibilidad de que la Revolución proletaria triunfe,

La concepción staliniana del Frente Único y la Alianza Obrera

Se recordará que la Internacional Comunista hizo durante años y años campaña en favor del Frente Único sin que en ningún sitio se formara el Frente Único. Un día, sin embargo, en España, nace la Alianza Obrera, y ante esta demostración práctica de frente único, surgido precisamente al margen de la Internacional Comunista, los stalinianos toman inmediatamente una posición firme: en contra. "La Alianza Obrera es una alianza antiobrera contra la revolución, es una alianza contrarrevolucionaria. Es la Santa Alianza de los agentes de los explotadores contra el Frente Único, con vistas a retener a las masas en su lucha antifascista y revolucionaria; es la Santa Alianza contra el comunismo y contra los soviets." Es de ese modo – transcribimos fielmente – que se expresaba el Partido Comunista de España en 1934. Quien conoce la dependencia absoluta que con respecto a Moscú hay en los Partidos Comunistas oficiales, comprenderá enseguida que el pensamiento antifascista de los stalinianos españoles venía de más allá.

De súbito, Moscú cambió de parecer. Y, automáticamente también, el Partido Comunista viró en redondo. Su antialiancismo de ayer se convirtió de repente en aliancismo cien por cien. ¡Misterios insondables de la estrategia staliniana!

Ahora Moscú trata de transformar la Alianza Obrera en Frente Popular. La Alianza Obrera ha de ser, según entiende la Internacional Comunista, el escabel, para que suba el Frente Popular, esto es, la coalición permanente de movimiento obrero e izquierdas burguesas.

El ejemplo ya ha sido dado en Francia y ahora se trata de aplicarlo en todas partes, en España también, claro está.

En primer lugar, veamos, pues es interesante, las características del Frente Único en Francia, en cuya elaboración ha tomado parte activa el Partido Comunista.

El Frente Común formado en Francia comprende única y exclusivamente al Partido Socialista y al Partido Comunista. Quedan excluidas las organizaciones sindicales, agrarias y demás núcleos políticos obreros que puedan existir: comunistas disidentes, sindicalistas, anarquistas, etc. Lo más sano, indiscutiblemente, en el movimiento obrero francés organizado se encuentra en los sindicatos. Y los sindicatos están al margen del Frente Común. El pacto existente entre el Partido Socialista y el Partido Comunista es una conjunción de dos partidos obreros cuya finalidad es casi exclusivamente electoral. Del Frente Común francés a nuestra. Alianza Obrera hay una enorme diferencia, como se ve. La Alianza Obrera se aproxima al soviets. El Frente Común no tiene nada que le acerque. Y, sin embargo, el Frente Común es la modalidad de frente único en cuya formación Moscú o sus representantes han intervenido de una manera directa.

Evidentemente, el Frente Común así constituido es la antesala del Frente Popular. La coalición electoral Blum-Cachin se ha ampliado transformándose en bloque Daladier-Blum-Cachin. Radicales-socialistas, socialistas y comunistas marchan juntos.

Esta táctica preconizada en 1935 por Moscú es la resurrección del millerandismo y de la política practicada por la socialdemocracia de todo el mundo desde que terminó la guerra. Es menchevismo puro. Después de este viraje de la Internacional Comunista se da a entender que quien tenía razón no eran Rosa Luxembourg y Liebknecht, sino Ebert, Scheidemann y Noske; no eran Lenin y Trotski, sino Plejanov, Dan y Tsereteli. Es así que Cachin, que en 1914 defendía la unión sagrada, ha podido decir: "Esto prueba que era yo quien estaba acertado en 1914".

El Frente Popular, cuando la guerra se aproxima a pasos agigantados, conduce irremisiblemente a la "unión sagrada", a que la clase trabajadora forme bloque compacto con la burguesía imperialista en defensa de la patria amenazada. Es decir, lleva a posiciones diametralmente opuestas a las que sostuvo Lenin en 1914.

El Frente Popular, con el que se quiere sustituir de hecho la Alianza Obrera, no ha encontrado hasta ahora, a pesar de las propagandas hechas, ambiente propicio en nuestro país. Pero el peligro de su formación existe, máxime dado el retroceso precipitado que lleva a cabo el Partido Socialista hacia sus clásicas posiciones reformistas.

El Frente Popular significaría un rudo golpe para la Alianza Obrera y por lo tanto para la causa de la revolución.

Perspectivas de la Alianza Obrera

Por toda esta serie de razones, la Alianza Obrera atraviesa actualmente un período de estancamiento, de crisis. ¿Cuál será su desenvolvimiento futuro? Es arriesgado lanzarse a hacer profecías. Pero lo que sí puede afirmarse es que el triunfo de la revolución democrático-socialista está íntimamente ligado a la Alianza Obrera. Si la organización de frente único que es la Alianza Obrera adquiere una gran potencialidad en su primera fase, manifestándose ya en la ofensiva, ya en la defensiva, ora en las luchas políticas, ora en las sociales y económicas, será posible pasar a la segunda fase: a la de la insurrección triunfante. La perspectiva de una insurrección obrera sin que previamente haya existido un movimiento arrollador de frente único, el segundo Poder, hay que descartarla como utópica.

La crisis que actualmente experimenta la Alianza Obrera, dada la posición equivocada que mantienen anarquistas, socialistas y stalinianos en oposición al sentir general de las masas, puede ser vencida, ha de ser vencida. Para ello hay que lanzarse a fondo a una campaña: primero, en defensa de la Alianza Obrera como tipo nuevo de organización que comprende tres fases; segundo, ensanchamiento de la Alianza Obrera, conquistando los sectores obreros que aún siguen al margen, y tercero, democratización de la Alianza Obrera, haciendo de ella no un cuerpo hermético, cerrado, subordinado a la voluntad conservadora de este o de aquel componente, sino un tipo de organización revolucionaria de masas en las que éstas puedan influir. La Alianza Obrera ha de ser democrática como lo eran los soviets. Hasta ahora, la Alianza Obrera se constituía de arriba abajo. Conviene pasar a la formación de abajo arriba. Es la única manera de romper con los que tratan de impedir su marcha ascendente.

La Alianza Obrera, hija de las grandes masas revolucionarias, esperanza suya, ha de ser salvada, será salvada por ellas. El grave problema de la Alianza Obrera debe ser planteado crudamente ante todo el movimiento obrero. Y será él quien hará que la actual crisis sea superada y la Alianza Obrera triunfe plenamente.

(2.^a época. Año I, núm. 1, enero de 1936.)

¿Frente Popular antifascista o Frente Único obrero?, *Jordi Arquer*

La táctica del "Frente Popular Antifascista", iniciada en Francia y proclamada panacea universal por el VII Congreso de la Internacional Comunista, es una posición defensiva caracterizada por el abandono del propio programa y la busca de un punto de apoyo en los sectores pequeñoburgueses, de la aristocracia obrera y del reformismo de todas las tendencias después de haber contribuido activamente a desbaratar e inutilizar las fuerzas sinceramente comunistas y revolucionarias.

Origen de la táctica del frente popular

El VII Congreso de la I.C. ha denotado el mal que nunca hemos dejado de criticar: que la I.C. no tiene personalidad propia, que no es más que una extensión del Partido Comunista ruso. Y si se tiene en cuenta que el P.C. ruso está totalmente identificado con el mecanismo estatal de la URSS, colegiremos lógicamente de aquí que la I.C. es una de las palancas del Estado soviético.

Ahora bien, mientras los intereses del Estado soviético no se identifiquen con los del movimiento obrero internacional, nada tenemos que objetar a ello, pero, a nuestro juicio, cuando estos intereses son divergentes, *nunca, absolutamente nunca*, hay que subordinar los intereses del movimiento obrero internacional a los del Estado soviético. Es más, creemos que en tales casos la Rusia soviética, en aras de la solidaridad del movimiento obrero internacional, debe subordinar sus intereses estatales a los intereses generales del movimiento obrero. Por haberlo hecho a la inversa, el movimiento comunista, puesto al servicio de la política exterior del Estado soviético, nunca se ha indentificado con el movimiento obrero internacional, el cual, a su vez, tampoco se ha integrado al comunismo, porque veía que tal como lo predicaban los funcionarios de los partidos comunistas era una cosa árida y esquemática, un movimiento de secta, extraño a las realidades y peculiaridades propias de cada país.

De aquí el debilitamiento gradual de los partidos comunistas y el apartamiento de los mismos de enormes masas que seguían con fervoroso entusiasmo a la Revolución rusa, que se sienten comunistas en el fondo, que aplauden sin reservas las victorias interiores de la URSS en el camino ascendente de la edificación socialista, pero que lamentan apenados su equívoca política exterior y la obra catastrófica de la III Internacional, con cuya política contradictoria y nefasta no pueden transigir.

Esta política nefasta ha contribuido poderosamente al advenimiento del nacionalsocialismo en Alemania, y, cuando la política exterior de Hitler ha constituido una seria amenaza para la URSS, ésta, al verse alejada y desligada del movimiento obrero internacional – la única base firme en que debería apoyarse – y no pudiendo confiar en sus esqueléticos partidos comunistas, no ha tenido más remedio que entrar en la órbita de la política de los Estados capitalistas y apoyarse en un grupo de imperialistas contra otro.

Esta situación es una consecuencia directa de la teoría del "socialismo en un solo país". La realidad de una revolución socialista triunfante rodeada de Estados capitalistas nunca podía justificar que se diera a este hecho un contenido teórico contrario a los principios fundamentales del marxismo revolucionario.

Ni el Partido Comunista ruso ha cumplido con su deber al querer subordinar el movimiento obrero internacional a los intereses de la URSS, ni el movimiento comunista internacional al acatar estas órdenes. La burocracia y el dinero tienen una gran parte de culpa en todo esto, y la responsabilidad que han contraído es tan enorme, que nunca les podrá ser perdonada. Han

aislado a la URSS del movimiento obrero, dejándola prácticamente indefensa y obligándola a pactar con una parte de Estados burgueses contra otros.

En este estado de cosas, ¿qué hacer para hallar una salida a esta dramática situación? "Formar el Frente Popular Antifascista" – ha contestado la I. C.–, o, lo que es lo mismo, conexión orgánica con los partidos pequeñoburgueses, elaboración de un programa mínimo con el cual hay que ir a la conquista del Poder "democráticamente", por medio del sufragio, y a la formación de un Gobierno de coalición antifascista que sostenga a la URSS.

Una táctica ineficaz contra el fascismo

– Es justa la táctica preconizada por la I. C. para combatir el fascismo? A nuestro juicio, no.

La conexión orgánica a base de un programa mínimo de la pequeña burguesía y el proletariado no puede tener otra virtud que la de ser un factor de castración del movimiento obrero, el único que puede oponer una resistencia eficaz al fascismo.

¿Por qué esta política de la I. C. es ineficaz para abatir al fascismo, para evitar la guerra y defender la URSS, y no decimos ya para hacer la revolución social, para convertir la guerra imperialista en guerra civil, para implantar la dictadura del proletariado, puesto que la III Internacional ha dejado de lado todo esto?

Para destruir al fascismo es preciso atacarlo en sus bases, que no son otras que las del régimen capitalista con su estructura democrático-burguesa. ¿Es que el Frente Popular Antifascista – preguntamos – quiere destruir estas bases? No. Al contrario. Las fuerzas de izquierda que deberían de integrarlo proclaman con toda claridad que están tan lejos del fascismo como de la dictadura del proletariado.

Lenin proclamaba en sus famosas tesis sobre la democracia que, en un régimen de clase como el actual, la "democracia pura", la democracia en abstracto, no puede existir; que dicha democracia no es más que la "democracia burguesa", o sea, la dictadura encubierta del capitalismo apoyado directa o indirectamente por las propias masas obreras; que la democracia es un concepto que ha ido evolucionando en el transcurso de la historia, y que la correspondiente a nuestra época está basada en la persistencia de la desigualdad económica y la sumisión de la clase desposeída a la dominación económica y política de la clase poseedora de los medios de producción.

Los partidarios del Frente Popular plantean el problema presentándonos el fascismo de una manera abstracta, como si fuera un cuerpo extraño al capitalismo, con el cual nada tuviera que ver la burguesía, como si la democracia burguesa fuese la antítesis del fascismo, cuando, en realidad, no se trata más que de dos modalidades de la dominación capitalista.

El único que hace concesiones es el proletariado

La posición de la pequeña burguesía en el frente popular es perfectamente clara: quiere apoyarse en el proletariado para que éste apunte a su vez el sistema burgués, del cual se ve cada día más alejada como consecuencia del desarrollo de la economía capitalista.

De *hecho*, el único que transige en la formación del Frente Popular es el proletariado. La pequeña burguesía *no hace ninguna concesión*; a través del Frente Popular, procura – y lo ha logrado en parte – atemperar el ritmo revolucionario del proletariado a su ritmo *defensivo* del régimen capitalista. Tenemos dos ejemplos elocuentes de ello en nuestro propio país. El primero de estos ejemplos nos lo ofrece el Frente Popular, que derribó a la Monarquía y en el cual hipotecóse la libre acción del proletariado, frenando su impulso revolucionario para llevarlo, como culminación de una serie de errores y claudicaciones y siguiendo la línea del "mal menor", a la situación francamente reaccionaria del segundo bienio.

El segundo ejemplo lo tenemos en la insurrección de octubre de 1934. Los partidos de la pequeña burguesía, después de romper con las instituciones por medio de sus famosas notas, dejaron a las masas obreras en la estacada y, vencido el movimiento, se apresuraron a condenarlo. Por lo que respecta a Cataluña, la *Esquerra*, que tenía el Gobierno de la Generalidad en las manos, se lanzó al movimiento por la presión de las masas, pero con el deliberado propósito, que llevó a la práctica, de ejercer el control del mismo y desviarlas.

En Francia, país en que el Frente Popular es una realidad, los principios que informan la actuación de este último son los de la burguesía liberal. No son Daladier, Herriot, Cot y Gaston Bergery los que han cambiado de lenguaje, sino los comunistas oficiales, los cuales han abandonado el lenguaje marxista tradicional para emplear una terminología confusionista que conduce al proletariado francés hacia un frente patrioter de unión sagrada, para hablar como franceses y no como proletarios internacionalistas de Francia.

¿Qué han obtenido con esta posición derrotista, de abandono de las posiciones del marxismo revolucionario, para pasar a las posiciones tradicionales del patriotismo burgués, que siempre halla pretextos para llevar a la clase obrera a la guerra? Hasta ahora, ninguno de los dirigentes frentistas pequeñoburgueses de Francia ni de ninguna parte ha declarado que si el fascismo intentara tomar el poder, harían causa común con el proletariado para implantar un régimen socialista.

No. Los frontistas burgueses de Francia y de todos los países no abandonan sus posiciones clásicas: defensa de la democracia burguesa, porque creen que a través de ella queda bien garantizado el régimen capitalista.

El Frente Popular es el camino de la derrota

Recordemos, a este respecto, que Gaston Bergery, uno de los más antiguos partidarios del F.P. en Francia, manifestaba en unas declaraciones recientes que el Gobierno frontista ha de controlar la Banca, las grandes compañías, los trusts de materias primas y de armamentos, pero que el F.P.A. no sólo no puede hacer la revolución social, sino ni tan siquiera atacar en lo más mínimo las bases de la propiedad privada.

En realidad, cuando Cachin, con sus artículos de *L'Humanité*, impregnados de patriotismo, invoca a la Francia eterna y renuncia impudicamente al internacionalismo proletario, da la razón a Bergery y contribuye a infiltrar en la conciencia del proletariado francés la idea de la imposibilidad de la revolución social. Y ¿quién podrá negarnos que todo este confucionismo patrioter está creando las bases psicológicas para que el fascismo tome pie entre la clase obrera, sobre todo cuando se le hace perder *la confianza en sí misma*, cuando se le inculca la idea de que *como clase* carece de fuerza, cuando se le limita el horizonte presentándole como una salida un Gobierno frontista, cuando *se le desdibuja el concepto histórico esencial de la lucha de clases*, cuando se diluye, en fin, la acción revolucionaria del proletariado en las aguas letales del colaboracionismo, del patriotismo, de la democracia y del parlamentarismo?

"Gobierno Popular" en vez de Dictadura del Proletariado

Daladier y Dimitrov llegan a la misma conclusión: la necesidad de que el F.P. tome el poder. El primero no da teórica ni prácticamente ningún paso atrás: se mantiene en los límites de su tradición demoliberal burguesa. El segundo hace teórica y prácticamente marcha atrás. Para los comunistas oficiales, después del "viraje" reformista del VII Congreso de la I. C., está ya lejos la consigna clásica del marxismo revolucionario, llevada a la práctica por Lenin, de conquista violenta del Poder por la clase obrera, destrucción del mecanismo estatal burgués y dictadura transitoria del proletariado.

Para defender el frente orgánico de la pequeña burguesía con el proletariado, Daladier y los suyos no han de tergiversar ni ocultar textos, ni justificar posiciones, ni romper tradiciones.

Están en la línea, y encantados de que los antiguos "sectarios" de Moscú se unan a su posición inteligentemente conservadora y apoyada durante años por la socialdemocracia.

Gracias a esta evolución del comunismo oficial, la burguesía halla en los partidos obreros un auxiliar precioso para apartar al proletariado de la lucha inmediata por el poder y canalizar la fuerza de la clase obrera en una oposición "legal" dentro del régimen burgués, por una parte, y por la otra, en una obra de gobierno con un programa mínimo que deja intactos los principios de la propiedad privada.

La lucha está entablada entre el fascismo y el socialismo

Creemos que la disyuntiva histórica de nuestra época de transición no está planteada entre el fascismo y la democracia burguesa, sino entre el fascismo y el socialismo.

Planteada así la cuestión, los términos del problema varían completamente. No es que rechacemos – no lo hemos hecho nunca, ni cuando la I.C. practicaba la consigna mal interpretada de "clase contra clase" e identificaba en un solo bloque reaccionario a todos los sectores de la burguesía y a todos los sectores que no seguían al comunismo oficial – los contactos de las organizaciones obreras con las de la pequeña burguesía. Al contrario, seguros de nuestra posición, no tememos los pactos circunstanciales que se puedan establecer con fines determinados.

Tanto los representantes del gran capitalismo financiero como los de la pequeña burguesía liberal actúan, sin darse cuenta de ello, en el círculo cerrado e insoluble determinado por el juego de intereses contradictorios provocado por el sistema capitalista: la flagrante contradicción existente entre su esencia y las superestructuras surgidas como consecuencia de su desenvolvimiento.

La contradicción de los representantes de la pequeña burguesía consiste en creer que la superestructura jurídica y política que creó el capitalismo en sus inicios – el Parlamento, el sufragio, la libertad de prensa, etc. – puedan subsistir retrocediendo en el terreno económico, volviendo, hasta cierto punto, a un régimen de pequeña producción y conservando el germen de expansión capitalista: la propiedad privada.

Que no se hagan ilusiones los partidarios leales del Frente Popular Antifascista. La historia no se detiene y los procesos de producción tampoco. La concentración del capital, el trust, la racionalización científica, producen actualmente resultados catastróficos porque persiste el régimen de la propiedad privada, que se halla en contradicción con los intereses generales de la sociedad. Esta contradicción no puede ser superada más que por la implantación del socialismo, cuyas condiciones objetivas han madurado ya en el seno de la sociedad capitalista. Por no haber resuelto todavía el proletariado esta contradicción por medio de la conquista del poder, han surgido estas dos modalidades del reaccionarismo: la de los fascistas, que quisieran suprimir las instituciones políticas liberales y democráticas para sustituirlas por otras superadas, precapitalistas, pero conservando el capitalismo, y la de los demoliberales, que quisieran que la evolución política quedase estancada en las fórmulas e instituciones burguesas, detener la evolución determinada por los progresos técnicos, del maquinismo y de los principios del liberalismo económico, conservando al mismo tiempo, en un estado embrionario, dichos principios.

El proletariado ha de pronunciarse contra ambas posiciones. Ni fascismo ni frente popular como límite, pues son dos posiciones igualmente reaccionarias y contrarias a la finalidad histórica del proletariado.

Los frentes populares antifascistas han de fracasar forzosamente, por cuanto su finalidad consiste en sostener el régimen capitalista con su mecanismo jurídico y estatal de apariencia

democrática. Los ataques del fascismo serán cada vez más violentos, y las organizaciones obreras incorporadas a los F.P.A. acabarán por darse cuenta de que su misión histórica no debe consistir en luchar por la defensa del capitalismo en su última forma política, sino adelantarse al fascismo y, saltando por encima de la democracia burguesa y del programa mínimo de los F.P.A., lanzarse decididamente a la conquista del poder por medio de la revolución social.

Por el Frente Único Obrero

Hemos afirmado anteriormente que nuestra posición, contraria a la conexión orgánica del proletariado con la pequeña burguesía, que presupone el F.P.A., no excluye la posibilidad de pactos circunstanciales con fines transitorios concretos.

Pero entre esta posición y la del F.P.A. tal como lo entienden los comunistas oficiales media un abismo.

Sería paradójico que después que la experiencia ha demostrado sobradamente que la colaboración de clases resultaba perjudicial a los intereses del proletariado, la adoptáramos ahora, a través del F.P.A., como panacea para redimir a las masas de la miseria y librarnos del fascismo. ¡Para algo ha de servirnos la experiencia de estos últimos años!

El proletariado y los partidos obreros que no han perdido la conciencia de clase ni la confianza en ésta han de oponer a la monstruosidad del F.P.A. el "frente único obrero". Y si el proletariado lo considera necesario, puede establecer pactos con los partidos pequeño-burgueses, sin confiar en ellos más que en sus propias fuerzas, sin abandonar su programa, conservando su plena independencia. Sólo así, la pequeña burguesía, siempre vacilante, llegará a tener confianza en la clase obrera organizada, porque la verá decidida y segura de sí misma. No ha caducado todavía aquella máxima de Lenin que los frontistas parecen haber olvidado: "Marchar separados y pegar juntos".

Unas breves palabras, para terminar, sobre las tentativas de Frente Popular Antifascista, calcadas sobre el modelo francés, en Cataluña y en España.

Ante todo, hay que decir que el ala izquierda del Partido Socialista, por la pluma de Araquistáin, lo ha rechazado.

Que los partidos más solventes de la izquierda republicana tampoco se han mostrado favorables a él.

Que el ala derecha del Partido Socialista tampoco la acepta. Que el Partido Obrero de Unificación Marxista (Bloque Obrero y Campesino e Izquierda Comunista unificados) se ha pronunciado contra dicho "frente".

Queda como único partidario de la desdichada panacea – por una cuestión de fidelidad canina a los acuerdos del VII Congreso de la I.C., por falta de personalidad, de fuerza y de visión política de la realidad – el Partido Comunista y los "nombres" de las organizaciones que gravitan a su alrededor porque de él viven.

La colaboración gubernamental de los socialistas españoles y catalanes en el Gobierno Central y en la Generalidad, respectivamente, ha sido una de las causas que más ha contribuido a ahondar las diferencias entre los distintos sectores de nuestro movimiento obrero. Y si se continuase por el mismo camino, esto significaría, por parte de los socialistas, que se habrían esfumado completamente sus propósitos de rectificación, y si en este camino les seguían los comunistas oficiales, ¿qué cabría pensar de toda su campaña anterior contra los socialistas por su colaboración en el Gobierno de la República?

No, no se puede hacer marcha atrás y obligar al proletariado a seguir un camino que le ha conducido, en un pasado reciente, a repetidas y trágicas derrotas, y le conduciría a una catástrofe irreparable en el futuro.

(2.^a época. Año I, núm. 1, enero de 1936.)

¿Que es el frente popular?, José Luis Arenillas

”Yo no creo en las dictaduras – contesta el señor Azaña –. Reconozco la necesidad de un Poder fuerte y autoritario; pero soy liberal y mi tarea ha de ser conciliar los intereses opuestos.”
(Declaraciones de Azaña a un periodista polaco.)

Declaraciones de esta naturaleza, hechas justamente cuando comunistas oficiales y socialistas afirman la necesidad de prorrogar el crédito de confianza abierto por ellos al Gobierno Azaña, confirman lo acertado de nuestros puntos de vista sobre el Frente Popular.

El señor Azaña reconoce la necesidad de un Poder fuerte y autoritario con el fin de conciliar los intereses antagónicos del capital y el trabajo. No puede pedirse más claridad a un político en la exposición de sus intenciones. Pero, ¿en beneficio de quién, de qué grupo de intereses, de qué clase ha de ejercerse ese poder? Aquí radica el meollo de la cuestión.

Los trabajadores han de ver con sus propios ojos que no ha de ser, precisamente, en su provecho. Ni se derogarán las leyes antiobreras que facilitan el advenimiento del fascismo; ni el paro será resuelto; ni las tierras entregadas gratuitamente a quienes las riegan con el sudor de su frente; ni resuelto el problema de las nacionalidades ibéricas; ni el hambre que sufren las masas laboriosas, ni la justicia social que anhelan se verán satisfechas bajo su mandato. Y si no ha de ser en provecho de las clases productoras, ¿en interés de quién ha de obrar ese Poder? Las masas sentirán bien pronto contra quién se ejercerá ese Poder y a quién se impondrá esa autoridad necesaria.

El jefe del Gobierno es un político liberal que nunca dice más de lo que debe, y su acción gubernamental tiende, naturalmente, a conciliar lo irreconciliable: los intereses del proletariado y de los campesinos, con los del capitalismo y la propiedad privada sobre la tierra y los medios de producción y cambio, y a mantener por la fuerza represiva del Estado burgués las relaciones sociales que de este hecho se derivan. Esto es, que impondrá su autoridad para sostener la inhumanidad de la sujeción económica, la explotación del hombre por el hombre y la injusticia social. Tampoco cabía esperar otra cosa de un político burgués que al reconocer la necesidad de un Poder fuerte y autoritario, no hace sino traducir los deseos de su clase por instaurar una dictadura burguesa abierta y descarada. Pero lo más extraño y doloroso del caso es que colaboren a su obra los Partidos Obreros por medio de los Bloques Populares. ”A su lado – afirma Martínez Marrio –, *no hay clases sociales* y lo interesante es que *no rompamos esta hermandad*.” No puede estar definida con más precisión la táctica conciliadora y oportunista que los republicanos imponen a los socialistas y stalinistas con su consentimiento.

Pero nos parece vana y fuera de toda lógica la pretensión de querer suprimir la lucha de clases en la sociedad capitalista, sólo concebible en otro político que no sea tan *realista* como el señor Azaña. Ya hemos dicho en otra ocasión que la burguesía necesita toda la victoria para sí, y que no ha renunciado a ser la clase dominante por cualquier medio que sea. Por ahora el Frente Popular es el el sortilegio que ha encontrado al servicio de sus fines explotadores. Mas la lógica de la lucha de clases destruirá el Bloque Popular y acabará con los jefes ”democráticos” del período mitológico que vivimos. Entonces no cabrá ese liberalismo ”fuerte y autoritario”, donde la burguesía precisa al fascismo como forma de gobierno. Por eso pretendemos que el proletariado se organice independientemente y se prepare para la conquista del poder

con el auxilio de las clases medias, antes de que se cree esa atmósfera de resignación que facilita el advenimiento del fascismo. O socialismo o fascismo. No hay otro dilema.

Carácter del frente popular

El Frente Popular es organismo artificioso montado sobre una base inestable y poco sólida. En él se cruzan corrientes totalmente dispares, como expresión que son de intereses de clase completamente heterogéneos, que engendran aspiraciones políticas y concepciones sociales radicalmente opuestas. Por un lado tenemos al Gobierno Azaña con sus valedores políticos, los Partidos de Izquierda y Unión Republicana, que aspiran a conciliar los intereses opuestos en beneficio de la burguesía y el capital, en cuyo nombre actúan como Comité Ejecutivo que administra sus intereses de clase dominante, y a quien ofrece "la postrera coyuntura que tenemos, no sólo del desenvolvimiento pacífico y normal de la política republicana y del asentamiento definitivo del régimen republicano de España – quiero decir, definitivo, pacífico –, sino también del régimen parlamentario" (Azaña). Por otro, tenemos a los socialistas, que todo lo fían al parlamentarismo y a las elecciones como medio de alcanzar sus aspiraciones las clases trabajadoras. Y finalmente, los stalinistas, que hablan de un Gobierno obrero y campesino a la vez que practican el reformismo, la colaboración de clases, como medio de sostener a la burguesía democrática contra el "coco" fascista en acecho.

¿Cómo es posible que se sostenga esta amalgama? El mecanismo de las luchas políticas obra en este sentido. "En nuestra época – afirmaba Lenin en 1916 –, no se sabe pasar de las elecciones; en la época de la imprenta y del parlamentarismo, las masas no se dejan guiar sin un sistema grandemente ramificado, metódicamente aplicado, sólidamente provisto de halagos, de mentiras, de trampas, de farsanterías inculcadas a golpes de palabras a la moda y de fórmulas populares, sin prometer a derecha e izquierda toda suerte de reformas y mejoras para los obreros, con la sola condición de que renuncien a la lucha revolucionaria contra la burguesía. Yo llamo a este sistema lloydgeorgismo, del nombre del ministro inglés Lloyd George, uno de los defensores más avanzados y más hábiles del país clásico del "partido obrero burgués". En esta táctica socialoportunistas han caído nuestros stalinistas y socialistas, y refleja la ideología pequeño-burguesa que domina al movimiento obrero orientado por ellos, y en particular, en sus dirigentes, que no desaparecerá como tal tendencia, en tanto no haya triunfado la revolución democráticosocialista.

Porque son los jefes de los partidos de "izquierda", sin excepción, quienes mantienen la estabilidad del Bloque Popular por coincidir todos en sus raíces históricas pequeño-burguesas. Las masas no sienten la necesidad del Bloque, ni se conforman con esta amalgama que va contra sus intereses. Esta idea del Frente Popular, en oposición al Frente Único Obrero que ellas sienten y desean, es una concepción que en el fondo responde a las aspiraciones de la pequeña burguesía de acaparar toda la victoria para sí, una vez conseguido el triunfo por la acción decisiva del proletariado contra la propiedad territorial y el capital financiero coaligados. Por no romper con las clases medias, y por no saber cómo atraerlas a la causa de la revolución proletaria, los jefes socialistas y stalinistas se han diluido en su seno, impregnándose de sus concepciones y confundiendo con ellas. He aquí por qué reclaman calma de las masas, "para que los hombres de la República puedan cumplir el programa del Frente Popular, en nombre de los intereses de la mayoría del pueblo español". "Nosotros no presionaremos al Gobierno", dice Prieto. Y los stalinistas se suman a esta actitud ampliando el crédito de confianza por todo el tiempo que sea necesario.

Cómo atraer a las clases medias

La pequeña burguesía siente, efectivamente, repugnancia por las revueltas y los desórdenes en que se ve envuelta la sociedad moderna. Ansía un régimen de orden y autoridad, donde los conflictos sociales no tenga acogida. Considera que los jefes políticos provocan la lucha de

clases en interés de sus partidos respectivos, y por eso desea la supresión de todos ellos y la constitución de un partido único que responda al concepto totalitario del capitalismo de Estado, por otro nombre llamado Estado Nacional, con el fin de conciliar los intereses opuestos.

Tal es el significado de las manifestaciones hechas por Martínez Barrios y Azaña, en sus pretensiones de armonizar los intereses encontrados por medio de un Poder fuerte y autoritario que coarte la libertad de la opinión pública y el respeto a los derechos tradicionales, esto es, lo que se llama liberalismo, "por la creciente actividad interventora del Estado en la regulación de los problemas de la producción y del trabajo" (Azaña). Para todo esto cuenta con la garantía del apoyo que le presta el Frente Popular como organismo único que representa la totalidad de los intereses del pueblo español. En su afán de mando, se sienten respaldados por los partidos del Frente Popular, sin cuya existencia "todo se hunde", y sus deseos se verían colmados "cuando el mismo Gil Robles se convierta en azañista" (Azaña), y las propias derechas se incorporen al Bloque reconociendo el régimen republicano, que es la única coyuntura que les queda.

Pero el desorden y las revueltas son reflejos políticos y sociales del caos económico que reina en la sociedad contemporánea como resultado de la anarquía del sistema capitalista de producción. La pequeña burguesía cree que basta controlar el sistema capitalista desde el Poder para corregir y evitar todos los males que engendra. Pero los controladores resultan al fin controlados y terminan por obrar en función del capital. Sólo destruyendo este régimen, que descansa en la propiedad privada de los medios de producción y cambio, es como desaparecerá el caos y todos los conflictos que provoca. Esto hemos de hacerlo comprender bien claro a la pequeña burguesía para atraerla a nuestra causa. Sólo el socialismo es capaz de poner orden en el régimen económico, dirigiéndolo y controlándolo con arreglo a las necesidades de la colectividad.

El capitalismo es el caos social y la anarquía económica. El socialismo es el orden, la economía basada en un plan estipulado conforme a las necesidades de la sociedad. El capitalismo es la falta de autoridad que descansa sobre el libre arbitrio siempre que se disponga de capital. El socialismo es la exaltación de los valores humanos del individuo, fecundados por el sentido colectivo, y aplicados al servicio de la sociedad, que es la suprema autoridad. Para la humanidad no hay más solución que el socialismo y la dictadura del proletariado, que gozará en el seno de las clases medias de la influencia que haya conquistado la clase obrera con su trabajo de organización, con su acción espiritual y con su autoridad.

No será, pues, yendo hacia las clases medias como lograremos su conquista, sino atrayéndolas hacia nosotros. Necesitamos su ayuda para realizar el socialismo. Pero en esta petición han de ver la seguridad – de una solución eficaz a sus problemas por medio de la revolución democrático-socialista. No será sosteniendo a los Gobiernos que dicen representar sus intereses como lograremos la conquista de la pequeña burguesía, sino organizándola bajo un programa de reivindicaciones concretas que dé satisfacción a sus necesidades inmediatas.

La pequeña burguesía y los campesinos son incapaces de observar una política independiente, tanto respecto a la burguesía como respecto al proletariado. O bien marchan detrás de la burguesía, dirigidos por las capas superiores y los intelectuales pequeño-burgueses, o, bajo la dirección de los semi-proletarios y proletarios del campo, marchan tras el proletariado industrial. Por eso entendemos que mediante una acción socialista inteligente, encaminada a formar la conciencia de las masas populares, hay que recoger a la pequeña burguesía de la ciudad y del campo entre los pliegues de la bandera roja, para romper juntos los viejos moldes de las relaciones sociales que se oponen al desarrollo ulterior de la sociedad. A este resultado se llega incorporándolas a un programa que, como es lógico, debe comprender a la vez todos

aquellos problemas que afecten a la mayoría de la población, o sea, a la colectividad, con excusión de los exploradores, y que ya no pueden ser resueltos sin "expropiar a los expropiadores". Precisamente, de esta realidad histórica, que está en el centro de las preocupaciones actuales, arranca la comunidad de intereses de las clases populares.

Pero una cosa es la coalición entre las clases, que arranca de esa comunidad de intereses, y otra es la coalición de los partidos pequeño-burgueses con los partidos del proletariado. Una cosa es la coalición entre la pequeña burguesía y el proletariado, y otra el Bloque Popular. En el terreno político es indispensable aislar a la pequeña burguesía de sus partidos representativos que han traicionado sus intereses desde abril del 31 hasta la fecha, pasando por las jornadas de octubre. Es conveniente y necesario precipitar la ruptura del Bloque Popular y la descomposición de los partidos pequeño-burgueses, desenmascarando a sus jefes, y poniendo de manifiesto sus verdaderas intenciones como agentes de un sistema económico que históricamente tiende a desaparecer y que ellos se empeñan en galvanizar. Es evidente que para desenmascarar a Martínez Barrios y a Azaña no precisamos de grandes esfuerzos. Ellos mismos se desenmascaran con sus afirmaciones frecuentes de fe en la política burguesa. Pero hay otros, los reformistas, de todo linaje, a quienes hemos de desenmascarar en interés del movimiento obrero.

Hay que desenmascarar a unos y otros como instrumentos que han servido, y le están sirviendo, a la burguesía cuando ésta ha necesitado de la democracia para asegurar su dominación de clase. Porque, como afirmó Lenin, "cuando todos los grupos intermedios, vacilantes, inseguros, perplejos, es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeño-burguesa, que no debe confundirse con la burguesía, estén suficientemente desacreditados ante el pueblo por el fracaso práctico de su política, cuando tal ocurra, habrá llegado la hora de la revolución". ¡Qué pronto se olvidan estas grandes enseñanzas estratégicas por quienes se dicen sus más fieles discípulos! "La alianza con los vacilantes – añadía – debilitará la presión de las masas y reforzará las oscilaciones." ¿Puede haber alguna duda sobre este particular, después de todas las muy recientes experiencias vividas? ¿No estamos comprobando a través de los Bloques Populares esta depresión de las masas?

Si las clases medias se dejan seducir por estos políticos pequeño-burgueses, si se dejan deslumbrar por estas personalidades que poseen todas las costumbres del intelectual burgués, es porque, como dice Trotski, "la pequeña burguesía inferior, sus grandes masas, no ve en los partidos obreros otra cosa que máquinas parlamentarias; no creen en la fuerza de los partidos obreros; no creen que sean capaces de luchar, que estén prestos a llevar esta vez la lucha hasta el final". Hay que dar, pues, sensación de fortaleza, de independencia y seriedad en nuestros actos mostrando la voluntad de luchar hasta el fin ante aquellos curiosos, simpatizantes y adversarios que siguen de cerca nuestras actividades. En su virtud, una vez recuperada su independencia el proletariado tiene que disponerse a cargar con el Poder en un porvenir que auguramos próximo. De lo contrario el fascismo aplastará al proletariado. La clase obrera ha de organizarse y organizar a sus fuerzas auxiliares. Tiene que crear sus instrumentos propios de acción, que mañana serán sus instrumentos de gobierno. Ha de crear y reforzar las Alianzas Obreras. Tiene que lograr la unidad sindical. Y tiene que forjar su partido revolucionario, que le guiará en el camino del triunfo final. Tales son las armas que forjarán la victoria obrera de mañana.

Hacia un desenlace revolucionario

El Gobierno Azaña se encuentra en un callejón sin salida. Ligado a los intereses del capital, éste le fuerza a defender sus ganancias y las de sus aliados. Pero, surgido el Bloque Popular, se encuentra bajo la presión de las masas hambrientas, que exigen soluciones radicales y rápidas a sus problemas angustiosos. No podemos decir que ha sido largo en palabras. Ha sido

parco en palabras y corto en hechos. Sin embargo, ya se encargan sus aliados, los stalinistas y socialistas, de hablar y prometer todo lo posible, mientras que él cumple lo menos posible, retirando con una mano las concesiones que hace con la otra. Lo que precisa es ganar tiempo para poder implantar ese poder fuerte y autoritario. Pero es incapaz de desprenderse de las garras de la crisis mundial y de todos los males que engendra, aunque pretenda controlar a los Bancos y al gran capital. Esto sólo puede hacerse recurriendo a medidas revolucionarias que le destruirían, y que sólo el proletariado es capaz de poner en práctica en interés de la mayoría de la población.

Frente a esta situación es necesario emplear todos los recursos que consiente la acción revolucionaria de la clase obrera. No se trata de poner en práctica tal o cual opinión, tal o cual idea política. Trátase de saber penetrar en los derroteros del movimiento obrero, y esto sólo se consigue luchando todos los días y pulsando a todas las horas la situación del proceso revolucionario que vivimos, por medio de los organismos de frente único, de las Alianzas Obreras, y por el partido revolucionario de la clase obrera que se está fraguando a través de las luchas parciales en presencia.

(2.^a época. Año I, núm. 4, mayo de 1936.)